

no comiesen: así en este segundo estado, en un supuesto mismo tiene puestas Dios aquestas dos maravillosísimas plantas. Una del saber, que es el Verbo, cuyas profundidades nos es vedado entenderlas, según que se escribe (Prov., c. xxv, v. 27): *Al que escudriñare la majestad, hundirálo la gloria; y otra del reparar, y del sanar, que es JESÚS, de la cual comeremos, porque la comida de su fruta, y el incorporar en nosotros su santísima carne, se nos manda, no sólo no se nos veda. Que Él mismo lo dice (Joan., c. vi, v. 24): Si no comiéredes la carne del Hijo del hombre, y no bebiéredes su sangre, no tendréis vida. Que como sin la luz del sol no se ve, porque es fuente general de la luz; así sin la comunicación de este grande JESÚS, de éste que es salud general, ninguno tiene salud. Él es JESÚS nuestro en el alma, Él lo es en el cuerpo, en los ojos, en las palabras, en los sentidos todos, y sin este JESÚS no puede haber en ninguna cosa nuestra JESÚS, digo, no puede haber salud, que sea verdadera salud en nosotros. En los casos prósperos tenemos JESÚS en JESÚS: en lo miserable y adverso tenemos JESÚS en JESÚS: en el vivir, en el morir tenemos JESÚS en JESÚS. Que como diversas veces se ha dicho, cuando nacemos en Dios por JESÚS, nacemos sanos de culpas: cuando después de nacidos andamos y vivimos en Él, Él mismo nos es JESÚS para los rastros que el pecado deja en el alma: cuando perseveramos viviendo, Él también extiende su mano saludable y la pone en nuestro cuerpo mal sano, y templá sus infernales ardores, y lo mitiga y desencarna de sí, y casi lo transforma en espíritu: y finalmente, cuando nos deshace la muerte, Él no desampara nuestras cenizas, sino junto y apegado con ellas al fin les es tan JESÚS, que las levanta, y resucita, y las viste de vida que ya no muere, y de gloria que no fallece jamás.*

Y tengo por cierto que el profeta David, cuando compuso el Salmo ciento dos, tenía presente á esta salud universal en su alma. Porque lleno de la grandeza de esta imagen de bien, y no le cabiendo en el pecho el gozo que de contemplarla sentía, y considerando las innumerables saludes que esta salud encerraba, y mirando en una tan sobrada y no merecida merced, la piedad infinita de Dios con nosotros; reventándole el alma en loores, habla con ella misma, y convídala, á lo que

es su deseo, á que alabe al Señor y le engrandezca, y le dice (Ps. cii, v. 1): *Bendice, oh alma mía, al Señor. Dí bienes de Él, pues Él es tan bueno. Dale palabras buenas siquiera, en retorno de tantas obras tuyas tan buenas. Y no te contentes con mover en mi boca la lengua, y con enviarle palabras que diga; sino tórnate en lenguas tú y haz que tus entrañas sean lenguas y no quede en ti parte que no derrame loor. Lo público, lo secreto, lo que se descubre y lo íntimo: que por muchos que hablen, hablarán mucho menos de lo que se debe hablar. Salga de lo hondo de tus entrañas la voz, para que quede asentada allí, y como esculpida perpétuamente su causa: hablen los secretos de tu corazón loores de Dios, para que quede en él la memoria de las mercedes que debe á Dios, á quien loa: para que jamás se olvide de los retornos de Dios, de las formas diferentes con que responde á tus hechos. Tú te convertías en nada, y El hizo nueva orden para darte su ser. Tú eras pestilencia de ti, y ponzoña para tu misma salud; y El ordenó una salud, un JESÚS general contra toda tu pestilencia y ponzoña. JESÚS, que dió á todos tus pecados perdón. JESÚS, que medicinó todos los ayes y dolencias que en ti de ellos quedaron. JESÚS, que hecho deudo tuyo, por el tanto de su vida sacó la tuya de la sepultura. JESÚS, que tomando en sí carne de su linaje, en ella libra á la tuya de lo que corrompe la vida. JESÚS, que te rodea toda apiadándose de ti toda. JESÚS, que en cada parte tuya halla mucho que sanar, y que todo lo sana. JESÚS y salud, que no solamente da la salud, sino salud blanda, salud que de tu mal se entenece; salud compasiva, salud que te colma de bien tus deseos, salud que te saca de la corrupción de la huesa, salud que de lo que es su grande piedad y misericordia, te compene premio y corona. Salud, finalmente, que hinche de sus bienes tu arreo, que enoja con ricos dones de gloria tu vestidura, que glorifica vuelto á vida tu cuerpo, que le remoja, y le renueva, y le resplandece, y le despoja de toda su flaqueza y miseria vieja, como el águila se despoja y remoja.*

Porque dice: Dios á la fin es deshacedor de agravios, y gran hacedor de justicias. Siempre se compadece de los que son saqueados, y les da su derecho: que si tú no merecías merced, el engaño con que tu ponzoñoso enemigo te robó tus

riquezas, voceaba delante de él por remedio. Desde que lo vió se determinó remediarlo, y les manifestó á Moysén y á los hijos de su amado Israel su consejo, el ingenio de su condición, su voluntad y su pecho, y les dijo: Soy compasivo y clemente, de entrañas amorosas y pias, largo en sufrir, copioso en perdonar, no me acelera el enojo, antes el hacer bienes y misericordias me acucia: paso con ancho corazón mis ofensas, no me doy á manos en el derramar mis perdones: que no es de mí el enojarme continuo, ni el barajar siempre con vosotros no me puede aplacer. Así lo dijistes, Señor, y así se ve por el hecho, que no has usado con nosotros conforme á nuestros pecados, ni nos pagas conforme á nuestras maldades. Cuán lejos de la tierra está el cielo, tan alto se encumbra la piedad de que usas, con los que por suyo te tienen. Ellos son tierra baja, mas tu misericordia es el cielo. Ellos esperan como tierra seca su bien, y ella llueve sobre ellos sus bienes. Ellos como tierra son viles; ella como cosa del cielo es divina. Ellos perecen como hechos de polvo; ella como el cielo es eterna. A ellos que están en la tierra los cubren, y los oscurecen las nieblas; ella que es rayo celestial luce y resplandece por todo. En nosotros se inclina lo pesado como en el centro, mas su virtud celestial nos libra de mil pesadumbres. Cuanto se extiende la tierra, y se aparta el nacimiento del sol de su poniente, tanto alejaste de los hombres sus culpas. Habíamos nacido en el poniente de Adám; traspusístenos, Señor, en tu oriente sol de justicia. Como padre que há piedad de sus hijos, así Tú, deseoso de darnos largo perdón, en tu Hijo te vestiste para con nosotros de entrañas de padre. Porque, Señor, como quien nos forjaste, sabeis muy bien nuestra hechura cuál sea. Sabes, y no lo puedes olvidar, muy acordado estás que soy polvo. Como yerba de heno son los dias del hombre: nace, y sube, y florece, y se marchita corriendo. Como las flores ligeras parece algo, y es nada, promete de sí mucho, y pára en un flueco que vuela: tócale á malas penas el aire, y perece sin dejar rastro de sí.

Mas cuanto son más deleznable los hombres, tanto tu misericordia, Señor, persevera más firme. Ellos se pasan, mas tu misericordia sobre ellos dura desde un siglo hasta otro siglo, y por siempre. De los padres pasa á los hijos, y de los

hijos á los hijos de ellos, y de ellos por continua sucesión en sus descendientes, los que te temen, los que guardan el concierto que hiciste, los que tienen en sus mientes tus fueros: porque tienes tu silla en el cielo, de donde lo miras: porque la tienes afirmada en él, para que nunca te mudes: porque tu reino gobierna todos los reinos, para que todo lo puedas. Bendígante, pues, Señor, todas las criaturas, pues eres de todas ellas JESÚS. Tus ángeles te bendigan, tus valerosos, tus valientes ejecutores de tus mandamientos, tus alertos á oír lo que mandas: tus ejércitos te bendigan, tus ministros que están prestos y aprestados para tu gusto. Todas las obras tuyas te alaben, todas cuantas hay por cuanto se extiende tu imperio, y con todas ellas, Señor, alábetes mi alma también. Y como dice en otro lugar (Ps. xcvi): Busqué para alabarte nuevas maneras de cantos: no es cosa usada, ni siquiera hecha otra vez, la grandeza tuya que canta, no la cante por la forma que suele. Hiciste salud de tu brazo, hiciste de tu Verbo JESÚS: lo que es tu poder, lo que es tu mano derecha y tu fortaleza, hiciste que nos fuese medicina blanca y suave. Sacaste hecho JESÚS á tu Hijo en los ojos de todos, pusístelo en público, justificaste para con todo el mundo tu causa. Nadie te argüirá de que nos permitiste caer, pues nos reparaste también. Nadie se te querellará de la culpa, para quien supiste ordenar tan gran medicina. Dichoso, si se puede decir, el pecar, que nos mereció tal JESÚS. Y esto llegue hasta aquí. Vos, Sabino, justo es que rematéis esta plática como soléis. Y calló. —Y Sabino dijo: El remate que conviene, vos le habéis puesto, Marcelo, con el Salmo que habéis referido: lo que suelo haré yo, que es deciros los versos. Y dijo luégo:

Alaba, oh alma, á Dios, y todo cuanto
encierra en sí tu seno
celebre con loor su nombre santo
de mil grandezas lleno.

Alaba, oh alma á Dios, y nunca olvide,
ni borre tu memoria
sus dones en retorno á lo que pide
tu torpe y fea historia.

Que Él solo por sí solo te perdona
tus culpas y maldades,

y cura lo herido, y desencona
 de tus enfermedades.
 Él mismo de la huesa, á la luz bella
 restituyó tu vida:
 cercóla con su amor, y puso en ella
 riqueza no creida.
 Y en eso que te viste, y te rodea,
 también pone riqueza.
 Así renovarás lo que te afea,
 cual aguila en belleza.
 Que al fin hizo justicia, y dió derecho
 al pobre saqueado.
 Tal es su condición, su estilo y hecho,
 según lo ha revelado.
 Manifestó á Moysén sus condiciones
 en el monte subido,
 lo blando de su amor, y sus perdones
 á su pueblo escogido.
 Y dijo: Soy amigo, y amoroso,
 soportador de males,
 muy ancho de narices, muy piadoso
 con todos los mortales.
 No riñe, y no se amansa, no se aira
 y dura siempre airado.
 No hace con nosotros, ni nos mira
 conforme á lo pecado.
 Mas cuanto al cielo vence, y cuanto excede
 el cielo reluciente,
 su amor tanto se encubra, y tanto pueda
 sobre la humilde gente.
 Cuan lejos de do nace el sol fenece
 el soberano vuelo,
 tan lejos de nosotros desaparece
 por tu perdón el duelo.
 Y con aquel amor que el padre cura
 sus hijos regalados,
 la vida tu piedad y el bien procura
 de tus amedrentados.
 Conoces á la fin que es polvo y tierra
 el hombre, y torpe lodo:
 contemplas la miseria que en sí encierra,
 y le compone todo.
 Es heno su vivir, es flor temprana,
 que sale y se marchita:
 un flaco soplo, una ocasión liviana
 la vida y ser le quita.

La gracia del Señor es la que dura,
 y firme persevera,
 y va de siglo en siglo su blandura
 en quien en Él espera.
 En los que su ley guardan, y sus fueros
 con viva diligencia,
 en ellos, en los nietos, y herederos
 por larga descendencia.
 Que así do se rodea el sol lucido
 estableció su asiento,
 Que ni lo que será, ni lo que ha sido,
 es de su imperio exento.
 Pues lóente, Señor, los moradores
 de su rica morada,
 Que emplean valerosos sus ardores
 en lo que más te agrada.
 Y alábeta el ejército de estrellas,
 que en alto resplandecen,
 que siempre en sus caminos claras bellas
 tus leyes obedecen.
 Alábente tus obras, todas cuantas
 la redondez contiene,
 los hombres, y los brutos, y las plantas,
 y lo que las sostiene.
 Y alábeta con ellos noche y dia
 también el alma mia.

Y calló. Y con este fin le tuvieron las pláticas de los Nombres de Cristo, cuya es toda la gloria por los siglos de los siglos. Amen.